



Palabra Dominical

XVI Domingo del tiempo ordinario

Antífona de entrada

Sal 53. 6. 8

El Señor es mi auxilio y el único apoyo en mi vida. Te ofreceré de corazón un sacrificio y daré gracias a tu nombre, Señor, porque eres bueno.

Se dice Gloria.

Oración Colecta

Sé propicio, Señor, con tus siervos y multiplica, bondadoso, sobre ellos los dones de tu gracia, para que, fervorosos en la fe, la esperanza y la caridad, perseveren siempre fieles en el cumplimiento de tus mandatos. Por nuestro Señor Jesucristo ...

Reuniré el resto de mis ovejas y les pondré pastores.

Del libro del profeta Jeremías: 23, 1-6



¡Ay de los pastores que dispersan y dejan perecer a las ovejas de mi rebaño!, dice el Señor. Por eso habló así el Señor, Dios de Israel, contra los pastores que apacientan a mi pueblo: "Ustedes han rechazado y dispersado a mis ovejas y no las han cuidado. Yo me encargaré de castigar la maldad de las acciones de ustedes. Yo mismo reuniré al resto de mis ovejas, de todos los países a donde las había expulsado y las volveré a traer a sus pastos, para que ahí crezcan y se multipliquen. Les pondré pastores que las apacienten. Ya no temerán ni se espantarán y ninguna se perderá.

Miren: Viene un tiempo, dice el Señor, en que haré surgir un renuevo en el tronco de David: será un rey justo y prudente y hará que en la tierra se observen la ley y la justicia. En sus días será puesto a salvo Judá, Israel habitará confiadamente y a él lo llamarán con este nombre: 'El Señor es nuestra justicia' ". **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

Salmo responsorial

Del Salmo 22

R/. El Señor es mi pastor, nada me faltará.

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas. *R/.*

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me dan seguridad. *R/.*

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes. *R/.*

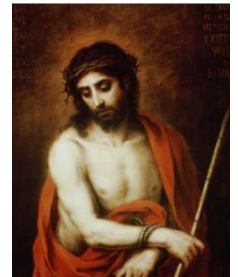
Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y viviré en la casa del Señor por años sin término. *R/.*

Cristo es nuestra paz; él ha hecho de los judíos y de los no judíos un solo pueblo.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 2, 13-18

Hermanos: Ahora, unidos a Cristo Jesús, ustedes, que antes estaban lejos, están cerca, en virtud de la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz; él hizo de los judíos y de los no judíos un solo pueblo; él destruyó, en su propio cuerpo, la barrera que los separaba: el odio; él abolió la ley, que consistía en mandatos y reglamentos, para crear en sí mismo, de los dos pueblos, un solo hombre nuevo, estableciendo la paz, y para reconciliar a ambos, hechos un solo cuerpo, con Dios, por medio de la cruz, dando muerte en sí mismo al odio. Vino para anunciar la buena nueva de la paz, tanto a ustedes, los que estaban lejos, como a los que estaban cerca.

Así, unos y otros podemos acercarnos al Padre, por la acción de un mismo Espíritu. **Palabra de Dios.**



R. Aleluya, aleluya.

Mis ovejas escuchan mi voz, dice el Señor; yo las conozco y ellas me siguen. R/.

Andan como ovejas sin pastor.

Del santo Evangelio según san Marcos: 6, 30-34

En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Entonces él les dijo: "Vengan conmigo a un lugar solitario, para que descansen un poco". Porque eran tantos los que iban y venían, que no les dejaban tiempo ni para comer. Jesús y sus apóstoles se dirigieron en una barca hacia un lugar apartado y tranquilo. La gente los vio irse y los reconoció; entonces de todos los poblados fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Cuando Jesús desembarcó, vio una numerosa multitud que lo estaba esperando y se compadeció de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas. **Palabra del Señor.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Pidamos, hermanos, al Dios de la misericordia que auxilie nuestra pequeñez, para que podamos invocar su nombre con los sentimientos que él desea.

Después de cada petición diremos: **Padre escúchanos, Señor.**

- Por la paz y la concordia de las Iglesias, por la unión de todos los cristianos y por la salvación de nuestras almas. **Oremos.**
- Por los responsables de las naciones, para que bajo su gobierno tengamos una vida feliz y pacífica. **Oremos**
- Por los que nos gobiernan, para que cultiven el buen corazón y mente del buen pastor y que hagan la protección de la vida humana su prioridad. **Oremos**
- Por los cristianos que han tenido que marcharse de sus países a causa de persecuciones. **Oremos.**
- Por los que están lejos de casa, por los enfermos y los encarcelados y por todos los que sufren. **Oremos.**
- Por nuestra comunidad reunida en la fe, la piedad y el temor de Dios, por los que hacen el bien a nuestras parroquias y por los que ayudan a los pobres. **Oremos.**

Escucha, Señor, las oraciones de tu pueblo, reunido para celebrar el domingo, y concédenos reconocer a tu hijo como el mesías anunciado como el Buen Pastor que nos guía hacia las fuentes de la vida eterna.

Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

Oración sobre las Ofrendas

Dios nuestro, que con la perfección de un único sacrificio pusiste fin a la diversidad de sacrificios de la antigua ley, recibe las ofrendas de tus fieles, y santificalas como bendijiste la ofrenda de Abel, para que aquello que cada uno te ofrece en honor de tu gloria, sea de provecho para la salvación de todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión**Sal 110, 4-5**

Ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente; él da alimento a sus fieles.

Oración después de la Comunión.

Señor, muéstrate benigno con tu pueblo, y ya que te dignaste alimentarlo con los misterios celestiales, hazlo pasar de su antigua condición de pecado a una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexión

Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas (Jer 23, 3). Podemos acercarnos al Padre por medio de Él (Ef 2, 18). Venid vosotros a un lugar desierto a descansar un poco (Mc 6, 31).

En el ya lejano 4º Domingo de Pascua Cristo resucitado se nos presentaba como el Buen Pastor y nos decía los motivos de aquel bello título; el principal de todos ellos era éste: Yo doy mi vida por las ovejas (Jn 10, 15). Hoy, el Buen Pastor ha querido dejar el pastoreo en manos de numerosas personas que hagan sus veces en el cuidado



de las ovejas. Naturalmente que tanto mayor es la responsabilidad cuanto es el cargo que ocupa. Y ello puede aplicarse a los diferentes campos humanos, y muy concretamente, al campo religioso; y dentro de él nos encontramos con las tareas de la enseñanza, la educación y siempre el buen ejemplo.

Sabemos que, además de ser ovejas en el rebaño de Cristo, todos somos también, aunque en distinta medida, pastores. Es verdad que algunos de ellos, sin dejar de ser ovejas, han recibido una consagración especial para pastorear



una parte del rebaño del Buen Pastor, el cual, ausentado visiblemente, les ha encargado precisamente dicha tarea. No por ello, las demás ovejas están dispensadas de una colaboración con los Pastores en los numerosos campos, y muy concretamente en el campo de la familia. En otras palabras, toda oveja cristiana ha recibido la misión de colaborar en las citadas tareas.

La dejación de la autoridad en la familia hace muy difícil el trabajo en la escuela; no otro origen tiene lo que hoy pasa con numerosos jóvenes e incluso con no pocos adultos. Vale la pena recordar lo que decía, a finales del pasado siglo, aquel gran sacerdote, llamado



José Luis Martín Descalzo, respondiendo a las quejas que una madre exponía en su carta: “a los jóvenes ahora ya nadie les habla de obediencia..., el “honrar padre y madre” del cuarto mandamiento está completamente en desuso..., nadie habla de él, ni los profesores; los mismos padres no se atreven a nombrarlo. Y lo peor es que, si a un niño se le dice que obedezca, nunca falta alguien que te diga que obligarle es coartarle la libertad; que el niño tiene que nacer y crecer libre...”

El comentario-respuesta que hace Martín Descalzo tiene plena vigencia. Comienza él dándole parte de la razón a la buena Señora, para añadir, acto seguido, que



quienes hemos tenido, como misión principal, la educación moral y religiosa de niños y jóvenes, hemos podido constatar que, si falla el apoyo de los padres, muy poco se puede hacer en la escuela. A quienes “presumen de libertad y de autenticidad” y “no obedecen y respetan a sus padres”, porque eso los despersonalizaría, habrá que recordarles que quien manda en su vida son las modas, las costumbres, los slogans, la televisión, el sexo, las drogas, o en todo caso el peor de los tiranos, que es el propio capricho”. Con amor, con cariño, habrá que

hacerles caer en la cuenta sobre las contradicciones en que incurren no pocas veces.

Un segundo punto de reflexión nos ofrece la invitación hecha por Jesús a los Apóstoles que acaban de llegar de la misión que Él les había encomendado: Venid a un lugar desierto a descansar un poco (Mc 6, 31). Habían regresado eufóricos con el éxito de la misión y un tanto cansados, como también lo estaba Jesús; de ahí, la invitación al descanso. Todos lo necesitamos para recuperarnos y volver con nuevas energías. Es posible que alguno tenga que hacerse esta pregunta: ¿descansar de qué, si no he dado golpe en el estudio o en otro trabajo? ¿He merecido estas vacaciones? Ojalá que la reflexión lleve a un compromiso serio.



Por cierto, que, en medio de nuestro legítimo descanso vacacional, nos puede sorprender lo que pasó a Jesús y a los apóstoles, al desembarcar en el lugar escogido para descansar. Nos lo dice san Marcos: Al desembarcar,



Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor; y se puso a

enseñarles muchas cosas (Mc 6, 34). Por su parte, los apóstoles vivirán la preocupación de buscar comida para aquella gente que había venido de lejos en busca de Jesús. Habrá que encajar con tranquilidad el contratiempo.

Sería bueno que nuestro descanso veraniego o nuestro fin de semana conllevara siempre: un sentido humano y cristiano, un enriquecimiento cultural, una buena recuperación física y espiritual, una fraterna y amigable relación con otras personas y acaso con gentes de otros pueblos. Y todo ello en perfecta sintonía con la obra de la creación, que es siempre gloria y servicio de Dios. Teófilo Viñas, O.S.A.



Te puede interesar...

¿Te dejas amar por Dios? 3 ideas que debes recordar siempre

Esta vez quiero compartirte un diálogo muy espiritual que tuvimos en un grupo de pastoral de mi parroquia. En dicha reunión, hablamos del infierno, del misterio del mal, de la oscuridad, del pecado y las miserias que habitan en nuestro corazón. Y cómo dejarse amar por Dios en este contexto. Les advierto que fue un compartir muy duro, fuerte, sin medias tintas, difícil de escuchar. Pero a la vez, lleno de luz, paz, amor, y la serenidad, que solo nos puede brindar la mirada misericordiosa del Padre. Cuando queremos enfrentar con transparencia y honestidad, las realidades duras y horribles de nuestra vida, solemos, influenciados por la cultura del Mundo en que vivimos moderar o suavizar el peso de maldad y perversidad que tienen. Unos más que otros, por supuesto... cada uno puede hacer su propio examen de consciencia. Aún más, si lo que buscamos discernir es la miseria que anida en el propio corazón.

¿Cómo debemos mirar nuestro interior? Recordemos que, gracias al Bautismo, somos templos del Espíritu Santo. Sin embargo, también debemos reconocer que, en nuestro interior, residen también pecados, infidelidades y toda suerte de miserias que nos alejan de Dios. Es duro decirlo, pero tenemos que mirarnos en el espejo, y reconocer que, así como nuestra vida está llena de hechos y experiencias hermosas y maravillosas, también está enredada con la oscuridad y las tinieblas del pecado. La única manera de mirar el peso y la gravedad de nuestra miseria es desde los ojos misericordiosos del Padre. Recordemos la parábola del hijo pródigo, cuando el Padre, a lo lejos, se da cuenta de que su hijo está regresando.



Sabe muy bien cómo ha malgastado la herencia, pero – el relato así nos lo muestra – pareciera que no le importa todo lo que había hecho, sino que está vivo, que ha regresado. Lo sigue amando como antes. Es más, parece que quiere mostrarle aún más su amor. Le hace una gran fiesta, le da un anillo, un vestido nuevo y sandalias (Lucas 15, 11-32). Así lo vemos en otros pasajes del Evangelio. Cómo el Señor tiene un amor predilecto por los pecadores. La actitud que tiene con la mujer que ha sido encontrada flagrantemente en adulterio (Juan 7,53 -8,11), con la samaritana (Juan 4, 1-42). O cuando va a la casa de Zaqueo (Lucas 19, 1-10) – el cobrador de impuestos. Y con la mujer que se pone a enjugar los pies de Jesús con su cabellera (Lucas 7, 36-50), en la casa del fariseo. ¡Y muchos otros pasajes! en los que Jesús nos muestra que Su Amor no cambia por nuestros pecados. Es más, murió en la Cruz por los pecadores. Vino para salvarnos y no para juzgarnos.

La mirada justiciera ¡Cuántas veces somos nosotros mismos quienes de modo justiciero nos juzgamos! Nos cuesta mirar y reconocer el peso de nuestros pecados y miserias, puesto que es doloroso. A nadie le gusta su pecado. Por supuesto, causa rechazo y una profunda tristeza la consciencia de que, una y otra vez, huimos y rechazamos el Amor de Dios. Descubrimos en nuestro corazón esa doble voluntad, que tan bien describe San Pablo, cuando nos dice que el Espíritu quiere el amor, pero nuestra carne es débil (Mateo 26, 41).

El problema es que cuando esto ocurre, en realidad estamos huyendo de nosotros mismos. ¿Difícil? Sí... pero tenemos que hacerlo. Pues, si no morimos con Cristo, tampoco participamos de su resurrección (Romanos 6, 8-18).

Nos cuesta perdonarnos a nosotros mismos. Si no nos vemos desde los ojos del Padre, la consciencia de nuestros pecados y la oscuridad que muchas veces vivimos nos hace caer en el negativismo y la desesperanza. Aceptar y reconocer con humildad y serenidad nuestro lado oscuro, solo es posible con la luz de la Verdad, que brota del encuentro con Dios.

La «otra mirada» es la que aprendemos del mundo o del demonio, que nos recrimina por caer una y otra vez en los mismos pecados. Así nunca vamos a poder perdonarnos. Es más, no podremos soportar mirarnos y reconocernos. Sin ese Amor de Dios, ¿qué nos puede sostener? ¿Qué esperanza podemos tener, si sabemos que, hace años cojeamos del mismo pie? ¿Nos confesamos de lo mismo? Llegamos al punto de creer – como lo dice el hermano mayor en la parábola del Padre misericordioso – que no merecemos el Amor del Padre, porque somos pecadores. La verdad es que, efectivamente, por nuestras conductas no merecemos el Amor de Dios. Pero esa es una manera humana de pensar. Demos gracias a Dios, porque Su Amor es diferente. Que supera nuestra traición, y nos envió a su Hijo único, para salvarnos de nuestros pecados.

Seguimos siendo hijos de Dios Es verdad que por nuestros pecados – aunque suene horrible y difícil de reconocer – merecemos el infierno. No hay nada que podamos hacer, por lo que merezcamos gozar de la Gloria de Dios, en el Cielo. No lo merecemos, somos unos indignos pecadores. Pero lo cierto es que Dios nos ama gratuitamente, y Cristo quiso entregar su vida en la Cruz, por libre voluntad. Porque nos ama. Nos ha devuelto la posibilidad de entrar al Cielo, sencillamente por su Amor gratuito. Por culpa del pecado hemos perdido nuestra semejanza, y, en vez de estar inclinados al amor, tenemos la concupiscencia que no instiga a vivir el egoísmo. Sin embargo,

sabemos que no hemos sido radicalmente rotos por alejarnos de Dios. Todavía somos buenos por naturaleza, aunque heridos por el pecado. El gran reto que nos toca es un combate espiritual, que implica ser fiel al amor que nos tiene el Señor, y rechazar el pecado. Comprometiéndonos a ser responsables con nuestra libertad, optando por la Verdad, y encaminándonos hacia lo Bueno. Llamados a ser otro Cristo, como nos invita repetidas veces San Pablo. (Filipenses 1, 21 / Gálatas 2, 20)

Finalmente, pidamos a Dios que nos conceda la gracia de mirarnos desde Su Misericordia, y no tener miedo de reconocer el pecado que habita en nuestro corazón. Que podemos ser iluminados por Cristo, si es que lo abrimos y dejamos que Él nos perdone y sane nuestras heridas, volviendo a la comunión con el Padre. Tenemos la confianza que el Señor nos perdona una y otra vez, mientras reconozcamos con humildad quiénes somos y cómo somos ante Dios. No nos ocultemos por nuestros pecados, más bien dejémonos reconciliar por Dios (2 Corintios 5, 20).



UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO: En nuestros días, el crucifijo es sin duda la imagen artística de Jesús más conocida. No se puede entrar en un edificio religioso, o en muchas casas, sin encontrar crucifijos. Sin embargo, según los historiadores del arte religioso, no ha sido siempre así. En los primeros tres siglos de la iglesia, la imagen preferida fue la del buen pastor. En las catacumbas de Roma, por ejemplo, se han descubierto varias estatuas, inscripciones, y otras representaciones del buen pastor, pero casi ningún crucifijo o cruz. Es lo mismo con el pesebre: la Navidad es impensable hoy sin los pesebres, pero no existieron antes de San Francisco de Asís (1181-1226) quien, según san Buenaventura, creó el primer ejemplo. El arte religioso es importante, porque influye en nuestra comprensión y práctica de la fe. Prestemos atención al arte religioso en nuestras vidas.